

**Rafael Húmara y Salamanca. *Los amigos enemigos o Guerras Cíviles*. Edición de Enrique Miralles. Berlín. Schaltungsdienst Lange o.H.G. Editorial Académica Española. 2018.**

Los varios méritos que contiene esta edición de Enrique Miralles se pueden resumir en el de haber recuperado una novela que había pasado desapercibida, a pesar de ser un importante eslabón en la introducción de la novela histórica en la literatura española.

Miralles empieza su documentada introducción aportando numerosos datos biográficos hasta ahora desconocidos. Rafael Húmara nació en 1800 en el Puerto de Santa María, en el seno de una familia de militares. Comenzó su carrera en 1821, en pleno trienio liberal (1820-1823), en el que se enfrentaron absolutistas y liberales. En 1823 publica *Ramiro, conde de Lucena*, novela histórica que sigue de cerca el modelo de Walter Scott y que está ambientada en la conquista de Sevilla por Fernando III.

Húmara pasó por diversas guarniciones de España. En 1834, el año en que publica *Los amigos enemigos*, ascendió a teniente coronel de la Guardia Real en Madrid. Cuatro años más tarde participó en las luchas contra partidas carlistas en Ávila, Álava y La Rioja. También intervino en la toma del castillo de Morella. En marzo de 1841 uno de sus superiores emitió un lacónico, pero significativo, informe sobre Húmara: «Valor: acreditado; adhesión a la reina: mucha; religiosidad: tiene; aplicación: bastante; capacidad: mucha; conducta, ejemplar; estado: casado». (E. de la Vega, «Militares académicos.1752-1988», Universidad de Sevilla, institucional.us.es).

En 1843, en el momento álgido de su carrera militar, habiendo ascendido a coronel, deja el Ejército por la política, ejerciendo de jefe político en varias provincias: Huesca, Logroño, Murcia, Tarragona, etc. Sus nombramientos y sus ceses, casi siempre coincidentes con los cambios de gobierno, permiten considerarlo afín al partido moderado, encabezado por el general Narváez. Poco se sabe de su vida hasta su fallecimiento en 1875, el año en que, gracias a un golpe militar, se implantó el régimen de la Restauración.

Este breve resumen biográfico es suficiente para conectar la vida del autor con el argumento de su novela *Los amigos enemigos*. En efecto, la crítica de las fratricidas guerras civiles no es una mera tesis filantrópica,

sino una convicción extraída de su propia experiencia como militar y como político que participó discretamente, pero en primera fila, en los conflictos que dividieron la sociedad española durante casi todo el siglo XIX.

Ante todo, el lector de esta novela se ve sorprendido por el oxímoron del título. Enseguida comprende que no es un puro juego retórico, sino una magnífica síntesis de su argumento. En efecto, la obra está basada en las aventuras y desventuras de dos amigos que, a su pesar, han de ser enemigos en la Guerra de Sucesión (1702-1714), que fue una compleja combinación de guerra civil y de conflicto internacional.

Enrique Miralles resume y comenta la trama argumental, facilitando así la lectura de los retrocesos temporales y las digresiones. Nicolás de Lara es un joven oficial que en las playas de la chilena ciudad de Valparaíso salva a Leoncio de Silva, náufrago a punto de perecer en una furiosa tempestad. Este será el inicio de una fiel amistad entre los dos jóvenes, amistad que será sometida a duras pruebas cuando estalle la Guerra de Sucesión y tengan que luchar por sus ideales en bandos opuestos: Nicolás, en el de Felipe V; Leoncio, en el del archiduque Carlos de Austria. Leoncio se sitúa en el bando austracista por fidelidad familiar, ya que es hijo del conde de Cifuentes, personaje histórico que fue acérrimo defensor del archiduque Carlos.

Los dos amigos son conscientes de la difícil situación que se les presenta, provocada por el choque de fidelidades incompatibles, por ser «fieles vasallos de reyes enemigos, intrépidos defensores de contrarias causas» (p. 287). Pero los protagonistas no se plantean únicamente salvaguardar su amistad, sino que la plantean como modelo válido para el conjunto de la sociedad española:

Seamos modelo en esta impía guerra de abnegación generosa. Y si estamos obligados a sucumbir, evítese, si es posible, el horror del fratricidio; pero si depende la salvación de nuestro rey o la dicha de nuestra patria, consumaremos el horrendo sacrificio (p. 286)

En paralelo con este eje principal se desarrollan dos tramas amorosas. La más importante es la de Nicolás y Rosana, amantes desgraciados porque ella es hermana de Leoncio e hija del conde de Cifuentes. También la historia amorosa de Leoncio y Cora tiene un final trágico.

El conde de Cifuentes no es el único personaje histórico que aparece en la novela. Húmara introduce muchos otros, mezclándolos

con los de ficción. En general, se muestra fiel a la verdad histórica y procura describirlos con imparcialidad. Esta es la conclusión que se desprende del valiosísimo apéndice de personajes históricos, ordenados alfabéticamente, que Miralles inserta al final de la obra. Llama la atención la ausencia del líder de la defensa de Barcelona en 1714, Rafael de Casanova, que no aparece en la novela y ni siquiera mencionado. Esta ausencia contrasta con la caracterización positiva del marqués de Villarroel, que dirigió la defensa de la ciudad condal. Este soldado profesional mantuvo su prestigio incluso después de haber abandonado el bando felipista para pasarse al bando austracista. Húmara no duda en presentarlo como un «héroe, si no hubiera estado obcecado en sus principios, hombre tan distinguido en el gabinete como en el campo de batalla (p. 341). Miralles señala que esta reivindicación de Villarroel coincide con la de Albert Sánchez Piñol en su novela histórica *Victus* (2012).

El afán de imparcialidad de Húmara se manifiesta también en su caracterización de la rebelión catalana, que atribuye al «fanatismo civil y religioso que animaba a los pueblos de Cataluña» (p. 471). Critica sobre todo el «fanatismo del clero catalán, que exhortaba continuamente al pueblo» (p. 341). También resultan significativas sus descripciones de los dos príncipes rivales. Las de Felipe V son positivas, aunque no laudatorias (p. 308). Las del archiduque Carlos no son negativas, sino breves y carentes de juicios de valor (p. 276). Húmara incluso llega a hablar de «la conmisericordia de su magnánimo carácter» (p. 283).

*Los amigos enemigos* apareció en 1834, al inicio de la guerra que hasta 1840 enfrentará a los liberales, partidarios de Isabel II, con los carlistas, partidarios de Carlos de Borbón. La novela no refleja esa realidad contemporánea, pero, al situarse en los inicios del siglo XVIII, se desmarca de la moda medievalista que predominaba en la literatura romántica. Su tesis, contraria a las guerras civiles, iba a contracorriente y no pudo influir para que cesara el enfrentamiento fratricida. Probablemente esta es la explicación de que la novela apenas fuera objeto de reseñas o comentarios, y también de que nunca se reeditara. Solo conocemos una reseña anónima publicada en la influyente *Revista española* (08.05.1834). Con buen criterio, Miralles la reproduce íntegra, no solo porque es la única que tenemos, sino también porque su anónimo autor acierta al señalar algunos desajustes de la novela, como la excesiva complicación de numerosos episodios históricos. Critica que el autor sea

«demasiado militar», es decir, que dé «demasiada importancia a la relación de batallas y hechos militares», mientras que las pasiones de los personajes no están pintadas con la necesaria vehemencia. Esta reseña apareció en el mismo día y en el mismo periódico en el que Larra publicó su artículo «Las palabras». Teniendo en cuenta que en esa coyuntura Fígaro daba a conocer su novela histórica *El Doncel de don Enrique el doliente*, no se puede descartar del todo que Larra, interesado en el género histórico, fuera el autor de la reseña de la novela de Húmara.

Saliera o no de la pluma de Larra, conviene matizar la afirmación de la reseña cuando dice que Húmara se excede al narrar tantas batallas. Lo cierto es que no son muchas, si dejamos a un lado la prolija descripción de la conquista de Barcelona en 1714, que cierra la novela. El autor parece haber sido consciente de este problema, porque introduce episodios representativos de diversos subgéneros novelísticos más a menos: novela gótica en el episodio de las cuevas habitadas por una bruja (p. 320); poemas de tema medieval (p. 124) o morisco (p. 350); las historias amorosas de Nicanor y Rosana, y la de Leoncio y Cora, etc...

Dentro de estos temas secundarios llama poderosamente la atención el referente a la masonería, a la que pertenece Leoncio, que pide ayuda a su logia para evitar la ejecución de Nicanor. Pero eso no significa que Húmara sienta simpatía por la francmasonería. Por el contrario, manifiesta con claridad su desacuerdo con «las ridículas y extrañas farsas de las sociedades secretas» y con sus «usos tan absurdos e ignominiosos» (p. 212). También resulta interesante el breve elogio de la naturaleza salvaje americana, con sus «ríos majestuosos», sus «llanuras interminables», que simbolizan «asilos perpetuos a la libertad» (p. 436). Se trata de un evidente homenaje a *Atala*, de Chateaubriand. Parecido origen tienen los «paisajes románticos» en los que se sitúa un monasterio aislado (p. 480).

En suma, *Los amigos enemigos* merece ocupar un lugar destacado en la evolución de la novela de la primera mitad del siglo XIX, género deudor de la novela histórica de Walter Scott. Pero su interés se acrecienta si tenemos en cuenta que su planteamiento ideológico es del todo original, y más en una coyuntura política marcada por los enfrentamientos violentos entre rivales políticos. El radical rechazo de las guerras civiles da sin duda un valor añadido a los méritos literarios de esta novela escrita por un militar, capaz de superar, mucho antes que

Galdós, la caracterización de los personajes como buenos y malos, según su ideología.

La edición de Enrique Miralles constituye una valiosa contribución a la recuperación de esta novela singular. Su edición aplica rigurosos criterios filológicos a la reproducción textual, modernizando tan solo la acentuación, la puntuación y las palabras que no necesitan preservarse en su forma antigua. Incluso señala las erratas tipográficas evidentes.

La anotación es escueta, pero suficiente para una lectura provechosa. Respeta las notas del autor y añade otras que completan las que aparecen en el utilísimo apéndice onomástico de los personajes históricos.

JOAN ESTRUCH TOBELLÀ  
BARCELONA